

y volviese á subir á ella. Daniel, siempre humilde y dispuesto á ceder, creyó un deber el hacerlo; pero cuando había bajado algunas gradas, Gelasio le dijo que volviese á subir, y en adelante, lejos de molestarle, le hizo construir otra columna más consistente y elevada, á la cual subió el Santo en el año 463.

No debe sorprendernos la conducta de Gennadio en esta ocasión. Este patriarca no fué favorable á Daniel en un principio, ya sea porque hubiese recibido malos informes acerca de él, ó ya porque temiese que hubiera alguna ilusión en este género de vida tan extraordinaria. Pero no tardaremos en ver que mudó de conducta, y que le ordenó sacerdote.

El Santo tuvo también que sufrir una calumnia en extremo odiosa, pero que duró poco, porque Dios no tardó en vindicarlo. Una mujer miserable, llamada Basiana, había sido impulsada por algunos herejes á finjirse enferma con objeto de tentar al Santo ó á alguno de sus discípulos. En esto se reconoce la malicia de la herejía que no teme emplear las más negras imposturas contra los Santos, para vengarse de la pureza de su fé y acreditar mejor sus errores. Pero el demonio que le había inspirado este detestable designio, fué el instrumento de que Dios se valió para vengar á su siervo. Entró visiblemente en el cuerpo de esta mujer perdida, á quién habían ganado los herejes para difamar á Daniel, y la obligó, no obstante ser el espíritu de la mentira, á que confesase la verdad, lo cual cubrió de confusión á los herejes. Fué preciso, para librarla de este malvado huésped, recurrir á las oraciones de aquel mismo á quién habían intentado difamar. Y fué librada, en efecto, y Dios manifestó su inocencia, y descubrió la ignominia de los enemigos de la verdadera fé.

Hemos hablado en la vida de san Marcelo, archimandrita del monasterio de los ascemetas, del terrible incendio

que acaeció en Constantinopla el día 2 de setiembre del año 465. Dios se lo había revelado algún tiempo ántes á nuestro Santo, quién advirtió al emperador León y al patriarca Gennadio, que la cólera de Dios iba á caer sobre la ciudad, y que era necesario hacer oraciones continuas y procesiones públicas para contenerla. Pero por grande que fuera la veneración que se profesara á su virtud, Dios que quería castigar á esta ciudad, permitió que no se atendiesen sus avisos. La predicción se cumplió, y en la desolación en que todo el mundo se hallaba, muchas personas recurrieron al Santo. La noticia de tan triste suceso no pudo ménos de arrancar lágrimas de sus ojos: se lamentó de que no se hubiese recurrido á la penitencia, como había recomendado, y exhortó á todos á que apaciguasen la cólera divina con las oraciones y el ayuno. En seguida se puso en oración, y anunció que dentro de siete días cesaria el incendio, como así sucedió.

Con este motivo tanto el emperador como la emperatriz fueron á visitarle, y le pidieron perdón de no haberse aprovechado de sus avisos. Al llegar León á la columna, se sintió lleno de veneración, y viendo el estado á que le había reducido la penitencia, se postró á sus pies para recibir su bendición, y obligó al patriarca Gennadio á que fuese á visitarle, y le ordenase sacerdote, lo cual efectuó este prelado, por más que entónces no se hallaba muy inclinado en favor del santo penitente. Daniel, que no podía resignarse á aceptar un carácter, de que se consideraba indigno, le suplicó que no subiese á su columna; sin embargo, Gennadio empezó á recitar las preces de costumbre, y manifestó que ordenaba á Daniel sacerdote de la santa Iglesia, á lo cual todo el pueblo respondió como era costumbre: « Es digno. » De esta manera el Santo no se atrevió á poner más resistencia, y entónces el patriarca subió á la columna, le confirió el sacerdocio, y le dió la santa Comunión. Este

prelado á su vez la recibió de manos del nuevo sacerdote, y Daniel oró por el pueblo. En adelante celebró en su columna los santos Misterios, y desde ella los administraba al pueblo.

El emperador León hizo que se le construyese otra tercera columna, compuesta de dos grandes y de otra más pequeña, en la cual se refugiaba en los días tempestuosos, y quiso que una de ellas fuese cubierta, con el fin de que pudiera preservarse algún tanto de las inclemencias del tiempo. Alcanzó también de este príncipe que le trajesen desde Antioquía algunas reliquias de san Simeón Estilita, para colocarlas en una capilla que se construyó al pié de la columna. A esta capilla enviaba á todos los que venían á pedirle su curación, para que la atribuyesen á la intercesión de san Simeón. Quiso también el príncipe que al rededor de la columna se construyesen algunas casas, tanto para sus discípulos como para los huéspedes que venían á visitarle, formándose de esta manera un monasterio, que despues se llamó de san Daniel; pues sí bién es cierto que sus discípulos formaban una verdadera comunidad, pero carecían de casa en que albergarse. Este monasterio tuvo en los tiempos posteriores sus abades: pues entre los de Constantinopla, que pidieron en el año 518 el restablecimiento de la fé católica, se nombra á Babilas, sacerdote y abad del monasterio de la columna de san Daniel. Esto mismo aparece del concilio celebrado en esta ciudad, en donde el superior se llama abad del monasterio de san Daniel Estilita, de san Juan en el pequeño coto, y de san Andrés cerca de la columna.

Si el emperador León profesaba grande veneración á san Daniel, éste por su parte le ayudó mucho, tanto en su bién espiritual como en el gobierno de sus estados. León tenía que combatir su carácter duro y vengativo, y san

Daniel contribuyó en gran manera con sus exhortaciones á dulcificarlo y hacerle apacible.

También le preservó de un grave peligro en el año 466. El invierno de este año fué sumamente duro por la abundancia de sus aguas y de sus impetuosas tempestades: la columna del Santo quedó muy resentida á causa de los violentos huracanes, y el emperador se alarmó mucho al saberlo. Vino, pues, personalmente á hacer que la asegurasen, y amenazando de muerte á los que la habían construido con tan poca solidez; pero san Daniel alcanzó su perdón, lo que no era muy fácil ni común á causa del carácter irascible del emperador. Cuando éste bajaba de la montaña despues de su visita, cayó el caballo que montaba. El arzón de la silla le dió en la frente, y le arrancó la diadema, cuyas perlas se dispersaron á uno y otro lado. En este peligro san Daniel rogó por él, y le preservó de una muerte funesta. Este accidente le hizo conocer de una manera más evidente la virtud de las oraciones del Santo, y dió lugar á la conversión de uno de sus escuderos, llamado Jordano, que era ariano.

Temiendo éste que el emperador le atribuyese la causa de su caída, acudió el Santo para obtener su gracia. Daniel aprovechó esta ocasión para disiparle sus errores, y le persuadió con las más dulces exhortaciones á que los abjurase. Despues escribió al emperador participándole la conversión de su escudero, y pidiéndole su gracia. León le respondió en estos términos. « El peligro en que me encontré no procedía de nadie, sino de mí mismo, que fui demasiado temerario, montando á caballo en vuestra presencia. En adelante procuraré no caer en la misma falta. Léjos de estar incomodado con Jordano, tengo una grande satisfacción en que mi caída del caballo haya dado ocasión á que él se levante de sus errores. »

Tal era el respeto que este emperador profesaba al

Santo. No se contentaba con manifestárselo, sino que á los demás hablaba de él como de un prodigio, como de un hombre enteramente celestial. Hacía que le visitasen todos los príncipes ó embajadores que venían á su corte, para que admirasen su prodigiosa paciencia en un género de penitencia que era superior á toda admiración.

Habiendo venido á Constantinopla Gobazo, rey de los Lazos (1), para concertar con el emperador algunos asuntos de estado, le llevó á que visitase al Santo, como la más rara maravilla de su imperio. Este príncipe quedó tan admirado de su paciencia y de la fortaleza con que sobrellevaba una penitencia tan prodigiosa, que se postró en tierra no sólo para expresarle su respeto, sino para honrar la columna en que vivía, y en el arrobamiento de su admiración, no pudo ménos de exclamar: « Gracias os doy, Rey de los cielos, de que, al venir á visitar á este rey de la tierra, hayais tenido la bondad de darme á conocer la vida celestial de este hombre extraordinario, y hacerme espectador de una cosa tan increíble. » Estos dos príncipes quisieron constituirle árbitro del tratado de alianza que habían concertado. Por lo demás, Gobazo era un hombre lleno de espíritu, que había estudiado mucho, y por consiguiente, que se hallaba en condiciones para juzgar el mérito de un hombre tan grande, y para apreciar una virtud tan extraordinaria. Al regresar á sus estados refería á sus súbditos el prodigio de que había sido testigo. Siempre que tenía que enviar alguna embajada á Constantinopla, procuraba escribir al Santo, expresándole la estimación en que le tenía, y encomendándose á sus oraciones.

Nuestro Santo alcanzó en 462 un hijo al emperador León,

(1) Nombre dado á los habitantes de la Lazica, que formaba parte de la antigua Cólquida al norte de Faso y al sur de la Armenia.

que en su amargura de no tener ninguno, había acudido á su intercesión; pero Dios llamó á sí á este hijo para darle el reino celestial en lugar del terreno. Habiéndose encendido en 467 la guerra entre el emperador y Genserico, rey de los Vándalos, corrió por toda Constantinopla la noticia de que este rey se hallaba á las puertas de Alejandría con un ejército formidable. La corte se alarmó, y el emperador acudió al punto á las oraciones de Daniel. Oró éste, y le anunció que Genserico no tomaría á Alejandría ni á ninguna otra plaza, sino que se retiraría, como así sucedió.

No menor respeto le manifestó la emperatriz Eudoxia, hija de Teodosio II y viuda de Valentiniano III, que en el año 462 vino á Constantinopla. Rogóle esta señora que viniese á habitar en unas tierras de su propiedad, que eran muy adecuadas para la vida solitaria. Daniel alabó su piedad y le manifestó su gratitud; pero le respondió que estaba resuelto á vivir en el lugar que el mismo Dios le había elegido, y le dió su bendición.

Zenón, yerno del emperador por estar casado con su hija Ariadna, fué enviado á la Tracia contra algunos bárbaros que hacían sus correrías por esta provincia, y no quiso emprender esta expedición sin consultar con san Daniel. Vino á visitarle acompañado de sus principales oficiales, y el Santo le prometió que no le acaecería ninguna desgracia en el viaje. Este príncipe empuñó las riendas del imperio el año 474. Se le atribuyen algunas buenas cualidades entre otras la de dar muchas limosnas; pero al mismo tiempo tuvo muy grandes vicios.

Por su vida licenciosa llegó á hacerse odioso á todo el mundo, y hasta sus mismos partidarios se le trocaron en enemigos, por más que la mayor parte de ellos fuesen tan malvados como él. Así es que mientras gozaba de paz con los demás pueblos, se encendió la guerra en su mismo

palacio, y Verina su suegra, que le había elevado al trono, fué la primera que conspiró para arrojarlo de él. Basilisco, hermano de esta princesa, hombre sin capacidad, pero lleno de ambición, la apoyó en esta conspiración, y trabajó en su propio favor y en contra de los designios de Verina, que deseaba dar la diadema á Patricio, maestro de los oficios, por razones escandalosas. Habiendo llegado á saber Zenón lo que se tramaba contra su persona, fué á consultar con san Daniel, el cual le predijó que perdería el imperio durante algún tiempo; pero que Dios le restablecería en él para no perderlo más. Le anunció también otras muchas cosas, y entre ellas que se vería obligado á comer yerbas á falta de otro alimento. Todas sus predicciones se cumplieron á la letra.

Puede verse en los autores profanos la historia de esta revolución que duró dos años, pues no debemos hablar de ella sino en aquella parte que á nuestro santo se refiere. Desde que Basilisco empezó á reinar, se declaró enemigo de la fé católica, y empleó toda su autoridad en establecer la herejía de Eutíques. Llamó por una orden expresa á Timoteo Eluro, famoso eutiquiano, á quién diecisiete años ántes había desterrado el emperador León al Quersoneso Táurico, y lo colocó sobre la cátedra de Antioquía, que ántes de su destierro había usurpado, despues de dar muerte á san Protero, que era su obispo. Todos los enemigos del concilio de Calcedonia empezaron entónces á manifestarse públicamente; porque propio es de la herejía obrar sórdida é hipócritamente cuando es combatida, y levantar su cabeza y mostrarse audaz, cuando se siente favorecida.

En efecto, Timoteo Eluro vino á Constantinopla sostenido por la autoridad de Basilisco, para turbar la paz que durante tanto tiempo gozaba esta Iglesia. Entró triunfalmente, y sus partidarios le recibieron con estas sacrílegas exclamaciones:

« Bendito el que viene en el nombre del Señor. » Pero á excepción de una turba de Alejandrinos y de algunos otros que eran eutiquianos de corazón, ó que se habían dejado engañar, el pueblo de Constantinopla permaneció fiel á la verdad. Eluro fué excluido en todas partes de la comunión, y no pudo ser admitido en ninguna iglesia ni entrar en ninguna de las casas de los fieles; pues el patriarca Acacio se opuso tenazmente, así como los sacerdotes y abades.

Apoyado por Basilisco pudo congregarse un conciliábulo contra el concilio de Calcedonia, en que Eutíques había sido condenado; pero esta asamblea ilícita no hubiera producido ningún mal, si sus decisiones no hubieran sido impuestas por una declaración de Basilisco, llamada *Circular*, hecha á petición de Eluro. Se ordenaba en esta *Circular* que se anatematizasen y quemasen la carta de san León y las actas del concilio de Calcedonia, como escritos escandalosos que se oponían á la paz, al orden y á la unidad de la Iglesia.

Al perseguir de esta manera Basilisco la verdadera religión, no hacía otra cosa que apresurar su propia ruina. Quiso obligar al patriarca Acacio á que suscribiese la *Circular*; pero tan luego como se supo, todo el pueblo, y hasta las mujeres y los niños corrieron á la iglesia para ponerse al lado de su obispo. El clero y los monjes demostraron en esta ocasión un celo extraordinario por el concilio de Calcedonia. Muchos obispos que se hallaban en Constantinopla se unieron á Acacio y á los católicos. Entónces Basilisco pensó en arrojar de la ciudad á Acacio; pero no se atrevió á hacerlo, porque le defendían los monjes.

En este tumulto cada cual pretendía tener á Daniel de su parte. Acacio le participó las amenazas de Basilisco, y le rogó que viniese á auxiliar á la Iglesia. El emperador, por su parte, y como para justificarse, le envió á decir que